

VERDAD Y MENTIRA DE CUAUHTÉMOC



MÉJICO es un país de paradoja, a tal punto que ha podido lanzarse —con mucha parte de verdad—la hipótesis de que la Conquista la hicieron los indios y la Independencia los españoles. Ciertamente, Cortés y su puñado de valientes no habrían salido con su empresa sin la alianza de pueblos y ejércitos indígenas que así se defendían del despotismo belicista de otros núcleos aborígenes; y, ciertamente, ninguno de los caudillos de la Independencia fué indio, sino de sangre hispana en su totalidad o en su mayor proporción, y para que la masa indígena lo siguiera necesitó Hidalgo empezar proclamando su fidelidad al Rey, con el grito de «¡Viva Fernando Séptimo!»

Lo cual nos revela una verdad profunda y sustancial, honrosísima para Méjico. Nunca ha habido aquí racismo. Nuestras pugnas no han sido jamás por cuestión de «pigmento».

Cortés evitó la guerra cuanto pudo; intentó siempre y ante todo la atracción, el convencimiento, la alianza; trató con respeto y agasajo a los indios y se hizo amar por ellos; inauguró la fusión de sangres y culturas que crearía nuestra nueva nacionalidad. Y, ni en la Independencia, ni en la Reforma, ni en ninguna de nuestras grandes luchas, ha habido móvil racial: de un lado estará el indio Juárez y de otro el indio Mejía, de una parte el blanco Lerdo y de otra el blanco Miramón. La pugna es por ideales y propósitos, no por prejuicios o por fobias racistas.

Precisamente Méjico es el fruto de este gigantesco mestizaje —espiritual y material— que constituye una entidad nueva y distinta. No somos, simplemente, indios; no somos, simplemente, españoles. Ni de una ni de otra cosa podemos renegar sin renegar de nosotros mismos, de lo que en viva suma nos caracteriza y nos integra.

Por lo cual, es idiota y es exótico y es suicida hablar de indigenismo con aire racista o defacción. El único indigenismo sano y constructivo es el que quiere levantar al indio rezagado —como a todo rezagado, indio o mestizo o blanco o lo que sea—, para incorporarlo a la unidad de la patria. La norma inspiradora para la redención espiritual y material de todos los débiles y postergados —indios o no—, tiene que ser la misma norma que inspiró a aquellos grandes indigenistas fundadores —Gante, Motolinía, don Vasco—: la *norma cristiana, implícita en nuestra herencia hispánica*, que es hoy riqueza definitiva y definidora de Méjico.

Nada, pues, de apartamientos y prejuicios absurdos, torpemente imitados de otras naciones poderosas que acabaron con los indios y los conservan sólo como bichos raros y pintorescos. No es de allí de donde podemos tomar consejo y lección. El indio, para nosotros, es nuestro hermano, como lo es el mestizo o el blanco. Indistintamente convivimos todos, y las diferencias sólo estriban en el nivel de educación y cultura. Subir éste es lo que importa y lo que urge.

Si en los Estados Unidos, verbigracia, no puede ni imaginarse un Presidente indio, aquí no sólo puede imaginarse, sino que ha sido realidad naturalísima. Don Benito o don Porfirio —indio en fuerte proporción— figuran entre los presidentes más descolantes de Méjico, reverenciados por unos y combatidos por otros, mas no en razón del color de su piel sino del color de sus obras. Y con igual acatamiento y júbilo recibimos y tratamos a un Arzobispo de piel blanca, como el actual D. Luis María Martínez, que a un Arzobispo de oscurísima piel, como el anterior don Pascual Díaz. Nuestros intelectuales más famosos alternan en la vida y en la estimación general, sin importar que sean indios, como Ramírez y Altamirano, o blancos, como Alamán e Icazbalceta. Y esta excelencia insigne, tan verdaderamente cristiana y tan verdaderamente democrática —ignorada por países en otras cosas adelantadísimos—, la debemos puntualmente al mensaje y a la savia que España trajo y consustanció con nuestro ser.

Todo esto viene a planos de actualidad por las mil cosas dislocadas que han levantado polvareda periodística con ocasión del hallazgo de unos restos que se conjeturan de Cuauhtémoc.

Se conjeturan. Muchos, con precipitación anticientífica, han dado por auténtico lo que ofrece no pocos reparos importantes. Ya la Secretaría de Educación ha remitido el asunto a examen de un comité que, sin duda, obrará con rigor y madurez, para no exponernos a un error monstruoso que resultaría ofensivo para el respeto que se debe al héroe y que se debe Méjico a sí mismo. Con sus restos o sin sus restos a la vista, la gloria de Cuauhtémoc manténesse intacta. No hay por qué hacer absurdas involucraciones ni ceder a halagos de vanidad profesional.

Varón entero, patriota de una pieza, héroe sin máscara ni fisura, Cuauhtémoc no necesita de falsificaciones para ser grande. Ni hace falta la hipótesis poética de López Velarde cuando —con olvido y agravio de los Niños Héroes y de otros— le llamó «único héroe a la altura del arte». Sin hipótesis, Cuauhtémoc es prototipo —no sólo azteca, sino humano— de entereza, bravura y obediencia. Alcanza en esto dimensiones universales. Y nosotros debemos rendirle reverencia y enorgullecernos de ostentarlo en la confluencia trágica —con angustia y dolor de alumbamiento— de donde vinimos a la vida como nación.

Pero no tiene validez ni sentido llamarle —según se ha hecho en estos días— padre ni rey de todos los indios de Méjico. Cuauhtémoc fué, concretamente, emperador de los aztecas. Y los aztecas estaban muy lejos de constituir la totalidad de los aborígenes que poblaban estas tierras cuando llegaron los españoles. Los aztecas no eran hermanos, ni siquiera amigos, de otros muchísimos núcleos indígenas de entonces. Eran, al revés, sus enemigos. Eran sus opresores. Por la fuerza de las armas, por guerra típicamente de agresión, los habían dominado y les exigían oneroso tributo. Practicaban, además, la guerra sistemática para hacerse de prisioneros que, contra su voluntad, eran horriblemente sacrificados a las deidades aztecas.

Ni por la religión, ni por la lengua, ni por el territorio, ni por la espontánea conveniencia, ni por el libre convivir, estaban identificados con los aztecas, los tarascos, los tlaxcaltecas, los mayas, los zapotecas y demás núcleos indígenas. Eran diferentes e indiferentes, cuando no francamente hostiles. Ni remotamente constituían una sola comunidad ni una sombra de nación.

Por eso, nada tenían de traidores —como quiere una ineptia acreditada— los tlaxcaltecas y otros indios que se unieron a Cortés para luchar contra sus tiranizadores los aztecas. Veían una ocasión de libertarse de sus opresores: la tomaban. Eran, dentro de los límites de su minúscula patria, patriotas.

Lo que vinculó aquella multiplicidad, dispersión y pugna de elementos aborígenes, fué el prodigioso esfuerzo hispánico que —a despecho de abusos y miserias inherentes al hombre— sirvió de introductor y mensajero de la cultura cristiana más prominente a la sazón en la comunidad europea. Y no sólo trajo a vinculación lo ya existente y conocido, sino que descubrió y pobló inmensos territorios que los aborígenes ignoraban. Y de aquella enorme aglutinación, física y espiritual, nació Méjico.

Los mejicanos no somos la «nación azteca», como con empuñadura y retrógrada aberración suele decirse, sólo tal vez porque nuestra metrópoli se asienta donde se asentaba la antigua Tenochtitlán. Y, puestos a escoger, nosotros, tan antimilitaristas, tan demócratas, tan enemigos del imperialismo, no tendríamos por qué escoger al núcleo que encarnaba precisamente el militarismo y el despotismo.

Cuauhtémoc no es, en suma, el padre de Méjico, ni siquiera de todos los indios de Méjico. Sólo por manera de traslación y antonomasia podemos en él representar, totalmente, el heroísmo aborígen. Y como tal encarnación simbólica, no puede separarse.



Un aspecto de la fachada principal del templo de Ixcateopan.



Calle del pueblo de Ixcateopan, empedrada de mármol.

A L F O N S O J U N C O